

HACIA UNA SOCIOLOGÍA POLÍTICA DE LA IMPORTACIÓN DE MODELOS DE GOBIERNO: EL EJEMPLO DEL MUNDO ISLÁMICO*

BERTRAND BADIE

EL PROBLEMA DE LAS CORRIENTES de influencia entre sistemas políticos ha sido abordado, particularmente por la ciencia política, de manera maniquea. Cuatro oposiciones someras le dan a los trabajos que se refieren a ellas, una presentación que raya en la caricatura. En primer lugar, en el plano teórico, el falso dilema entre desarrollismo y culturalismo le ha restado todo relieve al tema en cuestión. Para los partidarios de una sociología desarrollista, los préstamos de “Occidente” al “Tercer Mundo” no eran más que la expresión común de una convergencia forzada de todas las sociedades hacia el modelo, necesariamente único, de la sociedad industrial; para los defensores de una sociología culturalista, esos mismos préstamos no podían ser más que abusivos, precarios y fuente de inestabilidad. Resuelto de este modo, el debate entre adeptos y adversarios de una sociología de la dependencia no contribuye a esclarecernos la cuestión: para unos, las corrientes de influencia entre sistemas políticos no serían más que el resultado de una estrategia de exportación —consciente y determinada por las potencias hegemónicas—, en la que son dejadas a un lado tanto la pertinencia de la función de importación como la multiplicidad de las estrategias capaces de concretarla; para los otros, la difusión de bienes y de modelos políticos, del norte hacia el sur, sólo puede interpretarse como elemento de una política de cooperación o de ayuda al desarrollo, sin que el postulado ingenuo de la universalidad de dichos bienes y modelos jamás sea discutido.

Recientemente, el maniqueísmo resurge a pesar de los esfuerzos por superar todas estas visiones arcaicas. Primero, a través de la oposición somera de lo endógeno y de lo exógeno, dejando a un lado la hipó-

* La transliteración de los términos árabes, turcos y persas es la misma que utiliza el autor. (N. del T.)

tesis —que no deja de ser atractiva— de la apropiación y adaptación de elementos importados a las características propias de la sociedad receptora. Segundo, resultaría igualmente excesivo limitar la práctica de la importación solamente a las sociedades del sur; ésta puede ser considerada como universal, dado que ninguna sociedad es impermeable y que los mismos sistemas políticos europeos se construyeron interactuando los unos sobre los otros. Los temas del Estado, de la voluntad nacional o del gobierno representativo se forjaron con frecuencia a través de los procesos de imitación que se dieron tanto de un lado del canal de la Mancha como del otro; por ejemplo, la fascinación que ejerció el modelo inglés sobre los filósofos franceses del Siglo de las Luces, la proyección que alcanzó en la Europa del siglo XIX el modelo de la Revolución francesa, la seducción ejercida por el orden prusiano sobre los zares, o las circunstancias en las que las filosofías políticas europeas atravesaron el Atlántico con la redacción de la Constitución norteamericana.¹

Todos estos matices no disminuyen el interés por construir una sociología de la importación, sino que contribuyen a delimitarla más estrechamente. Primero sugieren que la importación de modelos políticos no proviene *a priori* de un sentido de la historia ni es prisionera de la hipótesis de la modernización; nos remite ante todo a la elaboración de estrategias políticas, ya sea para la construcción de formas de poder o de formas de oposición. Por esta razón, las importaciones se encuentran ligadas a la selección estratégica de diversos tipos de actores que piensan sacar de su empresa un beneficio político que conviene evaluar. Sin embargo, este beneficio esperado se encuentra limitado en dos sentidos: por un lado, por la existencia de una pluralidad de actores importadores cuyas estrategias son distintas y que, al competir entre sí, se debilitan mutuamente; por el otro, por el peso de un entorno que condiciona estrechamente las selecciones estratégicas, en la medida en que contribuyen precisamente a distinguir los mecanismos de importación en las sociedades del sur (y, en el presente caso, en el mundo islámico), del significado que revestían en las sociedades occidentales.

De estas formas de importación en el seno del mundo islámico deriva, sin ninguna duda, una nueva historicidad del Estado: el entrecruzamiento de elementos endógenos y exógenos, cuya adaptación y transformación tiene efectos sobre la estructura misma del Estado, consagrando su naturaleza híbrida y haciendo de la inserción forzada

¹ La problemática de la difusión en el interior del mundo occidental aparece en R. Bendix, *Kings or people*, Berkeley, University of California Press, 1978.

de algunos elementos —que no son de naturaleza transcultural— fuentes de tensión, de obstáculos y con frecuencia de autoritarismo y de regresión de las capacidades políticas. Además, el interés que suscita el acto de importación y la interacción (incluso la competencia) de las estrategias, influyen sensiblemente sobre el perfil político del mundo islámico, pero también sobre sus intelectuales y sobre la producción ideológica y la capacidad de estos últimos de inventar nuevas utopías. Por último, el conjunto de estas interrogantes desemboca directamente en la cuestión de las relaciones entre gobernantes y gobernados y de la legitimidad de la dominación. Primero, porque se entrecruzan también fórmulas de legitimidad importadas, reconstruidas y endógenas, que mantienen, de esta forma, un enfrentamiento perpetuo entre diferentes tipos de legitimidad. Segundo, porque en la medida en que se agudiza, la oposición entre un orden político importado y un orden político conforme a la tradición tiende a adquirir una importancia mayor, que obstaculiza los esfuerzos de legitimación del príncipe y favorece, en cambio, la legitimación de los movimientos de oposición.

LAS ESTRATEGIAS IMPORTADORAS

Es difícil y peligroso aislar estrategias de importación. Éstas son innumerables y parten de iniciativas individuales, ligadas a la biografía de personas que optaron, en el transcurso del siglo XIX, por efectuar un viaje a Europa, o un poco más tarde, por realizar estudios allá; y de otras, que se inscribieron en una escuela fundada por una misión evangélica o que decidieron publicar un periódico de formato comparable a tal o cual órgano de prensa europeo.² La multiplicidad de estas microdecisiones produce un efecto de acumulación que afecta considerablemente el establecimiento de corrientes importadoras; sin embargo, conviene distinguirlas de las iniciativas tomadas en el centro, por el príncipe, con la perspectiva directa y explícita de inventar, o al menos de reinventar algunas formas del poder. Desde este punto de vista, la estrategia de los constructores del Estado en el mundo islámico del siglo XIX puede compararse con aquella de los centros dinásticos, tal como Anderson o Rokkan la analizan en el contexto occidental del fin de la Edad Media. La comparación hace resaltar de inmediato una semejanza: tanto en un caso como en el otro, nos encontramos en pre-

² Se subrayará, sobre este tema, el trabajo importante y pionero de Bernard Lewis, en particular, *Comment l'islam a découvert l'Europe*, París, La Découverte, 1984, y *Le retour de l'islam*, París, Gallimard, 1985.

sencia de un acto fundador, que inicia un proceso de desarrollo político y crea todo un conjunto de estrategias derivadas. Sin embargo, se percibe también una diferencia esencial: por un lado, una estrategia occidental de invención que se apoya más o menos en un modelo proporcionado por una tradición, y, por el otro, una estrategia, en el mundo islámico, derivada por el contrario, de la referencia limitada, pero obligada, a un modelo exógeno.

En este último caso, debemos distinguir dos situaciones. Primero, se presenta la creación de un sistema político nuevo que se vale de una ruptura, que consagra la elaboración de una fórmula nueva de legitimación y que, por lo tanto, limita las posibilidades que se ofrecen a la construcción del Estado de apoyarse en una tradición y de movilizar los recursos institucionales y simbólicos que la acompañan. En segundo lugar, se presenta la modernización conservadora, en la cual la adopción de modelos extranjeros descansa esencialmente en el debilitamiento de las estructuras tradicionales y en la apreciación de su incapacidad. Dos situaciones que se apartan claramente de la historia de la construcción del Estado europeo occidental y de la acción entonces desplegada por el centro dinástico. Se separan, por un lado, porque el monarca occidental, en esencia, respalda su intervención en un papel eminentemente tradicional, el de "supremo señor feudal", y en las prerrogativas que le confieren las instituciones feudales en los aspectos ejecutivo, legislativo (el muy importante de garantizar las buenas costumbres) y judicial. Lejos de contrarrestar su papel de constructor del Estado, la tradición dotó de esta manera al monarca de una legitimidad y de una capacidad políticas que contribuyeron directamente a dibujar los contornos del Estado moderno. Por otro lado, esta iniciativa del centro se encontraba reforzada por el desmantelamiento de las estructuras políticas periféricas, y el desequilibrio de recursos que resultaba de esto, favorecía al monarca permitiéndole usar en su beneficio los elementos tradicionales.³

Por el contrario, la creación de un sistema político nuevo, consagra no tanto la debilidad de los elementos tradicionales como la inexistencia de estructuras de poder capaces de manejarlos para su beneficio. En el mundo islámico, el fenómeno es notable en el contexto de la formación de estados que no corresponden a la distinción territorial previa. Así, la monarquía iraquí, ante la prisa por inventar un orden político, y sujeta a una limitación impuesta por iniciativa británica, debió recurrir, en 1925, a un modelo constitucional de inspiración australia-

³ Retomamos aquí algunos elementos de nuestro libro, *Les Deux Etats. Pouvoir et société en Occident et en terre d'islam*, París, Fayard, 1987.

na; lo mismo ocurrió con la constitución de la federación siria, de junio de 1922, de inspiración helvética; y con la constitución jordana, marcada por una influencia occidental que llegó a través de India. El caso de Kuwait es ya diferente, aunque inspirado en los mismos principios; aun cuando disponía de recursos tradicionales, el centro dinástico decidió no utilizarlos, para distinguirse de la monarquía wahabita, y procedió, al contrario, a la importación masiva de instituciones de naturaleza parlamentaria y de origen occidental.⁴

La modernización conservadora es, también, indisociable de una importación de modelos y de prácticas políticas, ciertamente más selectiva, pero más significativa debido al debilitamiento del príncipe. Este debilitamiento es producto del deterioro de la capacidad política de sus recursos tradicionales. Contrariamente a los monarcas medievales, los príncipes del mundo islámico del siglo XIX —trátese del sultán otomano o del sha de Persia—, padecían tal déficit de poder que optaron por una estrategia importadora: déficit con relación a las potencias exteriores poseedoras de otra cultura, con relación a autoridades tradicionales periféricas a las que tienen necesidad de deslegitimar, con relación a intereses nuevos, administrativos, militares y económicos difundidos por las sociedades occidentales.⁵

También el deseo de mantener un poder tradicional puede conducir a lo mismo: protegerlo reforzándolo con recursos materiales y simbólicos tomados de las potencias occidentales. Es significativo que esta práctica fuera, cronológicamente, la primera en llevarse a cabo en el mundo islámico del siglo XIX, tanto en Estambul, como en Persia, en el Egipto de Mohamed Alí o en el Túnez de Ahmed Bey. La adopción misma era gradual: de la importación de las técnicas y de las instituciones militares occidentales, se pasó luego a la burocracia civil, alejándose poco a poco de la voluntad inicial y llegando a incluir el sistema educativo y posteriormente las instituciones políticas. La importación fue proporcional a la magnitud del déficit de recursos tradicionales, de modo que no tuvo los mismos alcances en países donde éstos resistieron, como en Marruecos, o en otros países como Irán, donde la monarquía Pahlevi disponía de un escaso capital de legitimidad.⁶ La im-

⁴ Véase B. Badie, "La transferencia de tecnología política en el mundo islámico". Informe para el Coloquio franco-egipcio organizado por el CEDEJ, El Cairo, 1988.

⁵ Véase en particular A. Hourani, "Ottoman reform and the politics of the notables" en W.R. Polk y R. Chambers, *Beginnings of Modernization in the Middle East*, Chicago, University of Chicago Press, 1968.

⁶ Sobre Marruecos, véase A. Berramdane, *Le Maroc et l'Occident*, París, Karthala, 1987.

portación derivada, en un principio, de una crisis de legitimidad y de eficacia del príncipe, se encuentra de nuevo en los regímenes enfrentados a la rutinización del poder posrevolucionario y rápidamente expuestos después a la necesidad de consolidar de manera prioritaria su autoridad —como en los regímenes baathista, burguibista y nasserista—, teniendo la misma incapacidad con relación al exterior y a las estructuras tradicionales periféricas. Desde este punto de vista, la lógica de la modernización conservadora se extiende así a los demás tipos de regímenes que esperan, en vano, sacar provecho de una modificación de su fórmula de legitimación.

Sin embargo, las estrategias de importación no se aprecian solamente a través de la acción de los centros dinásticos; se despliegan dentro de un contexto que condiciona en forma estrecha las iniciativas del príncipe. Dichas estrategias ilustran una vez más la distancia que separa el escenario de construcción del Estado occidental del que marcó la creación de un orden político moderno en el mundo islámico. El Estado occidental, lo sabemos, se constituyó conforme a una lógica de diferenciación, al reconstruir lo político distinguiéndolo de lo religioso, y separándolo del espacio privado, transformado en sociedad civil. Este proceso es, al mismo tiempo, distintivo de la identidad del Estado y explica los procesos sociales reales y, por lo tanto, las estrategias de actores que favorecieron la emergencia del Estado-nación. La invención del Estado occidental depende estrechamente de estrategias complejas frente a la Iglesia, hechas tanto de emancipación, como lo ilustra su naturaleza laica, como de imitación, dado que liberarse de una tutela supone, frecuentemente, recurrir a las mismas armas y a las mismas prácticas de las que dispone la potencia contra la cual se actúa. Así, el Estado occidental al formarse copió a la Iglesia su estructura burocrática, su derecho, su administración territorial e incluso su principio de gobierno. La parte de invención queda de esta manera reducida, dada la importancia real de esta transferencia. Sin embargo, ésta provenía no de otra cultura, sino de otro lugar dentro de la misma cultura.

El nacimiento del Estado islámico moderno nos remite también a un juego de diferenciación, pero orientado esta vez hacia el extranjero, consagrando ya sea la liberación de la tutela occidental o la emancipación de la dominación otomana. El sultán otomano emprendió, a principios del siglo XIX, un proceso de construcción estatal para compensar sus debilidades frente a los Estados occidentales, retomando para eso, por su cuenta, elementos esenciales de la institución estatal. Empero, este proceso de importación, concretado principalmente por las *tanzimat* (reformas), tuvo entre otros efectos el de favorecer, en el Levante árabe, el nacimiento de los primeros focos de construcción na-

cional. Las tentativas de sustitución de una lógica sultánica por una lógica estatal, volvieron frágil la legitimidad de un orden imperial tradicional y afectaron profundamente, tanto en Siria como en Líbano, a los elementos que regían las relaciones entre gobernantes y gobernados. Por su orientación, esta movilización reactiva que aparece en el *Mashrek* (oriente) rápidamente se volvió prisionera de una lógica importadora. Sensible a la penetración del modelo occidental, se forjó a partir de las categorías occidentales del nacionalismo; dirigida en contra del imperio otomano, evitó adoptar las características del panislamismo y la referencia a la comunidad de los creyentes, y retomó los criterios occidentales de lengua, cultura o historia nacional.⁷

En este juego de diferenciación, el papel mediador de las minorías se vuelve crucial, a la inversa del escenario occidental esencialmente controlado por el centro dinástico. Primero, porque la emancipación de la tutela otomana, particularmente costosa para ellas, les concernía de manera directa, de modo que se convirtieron en los actores privilegiados de resonancia de las temáticas nacionalistas; después, porque frente al debilitamiento del centro disponían de recursos de poder, tanto económicos como culturales, que les permitían promover una empresa política que no estaba al alcance de las minorías culturales o étnicas de Occidente del final de la Edad Media. Por último, y sobre todo, porque estas minorías tenían la capacidad de volverse proveedoras principales de los modelos políticos, institucionales e ideológicos provenientes de Occidente.⁸ De ahí el papel de los cristianos en Siria; de un Boutros Ali Bustani (1819-1889), propagador de la idea nacional, fundador de la Asociación de Letras y Ciencias de inspiración protestante norteamericana; de ahí también el papel de la Facultad Evangélica siria y de la Asociación Oriental creada por iniciativa de jesuitas franceses. Conviene mencionar el nombre de Adib Ishak, formado por los misioneros franceses en las ideas de nación, patria y libertad. Más tarde, Michel Aflak y los principales dirigentes del *Baath* tendrían un historial semejante.⁹

El papel de estas minorías cristianas no es único. Sin embargo, es perceptible desde tres puntos de vista. Primero, sugiere que una parte esencial de la importación del modelo estatal occidental se hizo por iniciativa de las élites periféricas, de manera necesariamente me-

⁷ W. Raouf, *Nouveau regard sur le nationalisme arabe*, París, L'Harmattan, 1984, pp. 85 y ss.

⁸ Véase por ejemplo, a propósito de Líbano, I.F. Harik, *Politics and Change in a Traditional Society. Lebanon, 1711-1845*, Princeton, Princeton University Press, 1968.

⁹ W. Raouf, *op. cit.*, pp. 87 y ss.

nos compleja, menos tensa y, por lo tanto, más sólida que en el centro, causando así una contrapartida inquietante, pues obstaculizaba las posibilidades de legitimación del centro político importador. En segundo lugar, explica la derrama cultural del proceso de importación: relacionando construcción estatal y referencia cristiana favorece la extensión de la importación a otros dominios como el derecho, la vida intelectual, la producción de utopías, apresurando con esto la deslegitimación y un divorcio más pronunciado entre las élites y las masas. Por último, dota a las minorías culturales de un medio sólido de oponerse al príncipe en su propio terreno: denunciando de manera solidaria su absolutismo y su práctica demasiado selectiva de la importación de los modelos occidentales de inspiración democrática y liberal, insertan la oposición al príncipe en un repertorio cuya legitimidad este último debe admitir, al menos parcialmente.

Sin embargo, sería inexacto limitar la práctica importadora a una competencia entre el príncipe y las minorías culturales. Esta práctica se volvió el interés dominante de la vida política y poco a poco involucró a numerosos actores que buscaban llegar al poder, ya fuera en el plano político, económico o cultural. En primer lugar, esto es cierto para los allegados a los príncipes, los *Midhat Pasha*, Amir Kabir o Kheyrad Din, que encontraron en ella un medio de incrementar su poder en nombre de principios constitucionales que limitaban el absolutismo del monarca. Lo fue también para élites nuevas que buscaban imponerse por medio de esta práctica, solicitando estudios en Occidente, tomando la iniciativa para crear, en su lugar de origen, asociaciones de corte occidental, como por ejemplo, la francmasonería a la cual ingresaría la nueva élite político-administrativa iraní, o, sobre todo, escuelas jurídicas y técnicas que solicitaban la colaboración activa de científicos occidentales, grandes propagadores del positivismo y de "ideas nuevas". Tal es el caso, por ejemplo, de las escuelas creadas por los saintsimonianos en Egipto, como la Escuela de Ingeniería Civil (1834) o la de Minas (1838), también la Escuela Politécnica de Bulak. Más tarde, de esta colaboración, nacieron numerosas comisiones mixtas, por ejemplo las de las escuelas y las de los Consejos de la Instrucción Pública, y muchas otras instancias donde se reunían, lado a lado, el saintsimoniano francés Lambert e ingenieros egipcios como Reshvan Effendi o Mustafá Effendi, así como letrados como Mazhar Effendi quien se convirtió en adepto de Augusto Comte y de Stuart Mill.¹⁰

El juego mismo de las potencias occidentales interviene poderosa-

¹⁰ Véase R. Fakkar, *Reflets de la société pré-moderne dans le monde arabe*, París, Gallimard, 1974, pp. 82 y ss.

mente en la activación de estos procesos; por supuesto, directamente al estimular la proliferación de las misiones culturales, laicas o religiosas, y de las misiones militares o técnicas; sobre todo, indirectamente a través de los efectos inesperados de las políticas imperialistas o de las rivalidades diplomáticas. La expedición de Bonaparte a Egipto inició la obra importadora de Mohamed Alí, que favoreció el nacimiento de un nacionalismo egipcio estimulado por la denuncia táctica de la hegemonía otomana emprendida por el futuro primer cónsul: "todos los egipcios serán llamados a administrar todos los puestos públicos: los más sabios, los más instruidos, los más virtuosos gobernarán y el pueblo será feliz".¹¹ De manera más sutil todavía, las rivalidades entre potencias aseguraron el deslizamiento progresivo de los movimientos de oposición hacia la reivindicación eurocentrista del Estado-nación: hostil hacia el panislamismo por oposición al califato otomano, el nacionalismo levantino perdió poco a poco su referencia cultural islámica en favor de la árabe; el nacionalismo egipcio, hostil al referente árabe por desconfianza hacia Gran Bretaña, que se convirtió tácticamente en su principal apoyo, alentado para eso por la minoría copta, se erigió, a su vez, en un movimiento de emancipación que promovía las categorías occidentales de Estado, nación y territorio nacional.¹²

La marginación sucesiva del panislamismo y del panarabismo proviene así del juego complejo de las potencias occidentales, y se interpreta por medio de una lógica de la importación indisociable de los primeros movimientos de emancipación. Presentada dicha marginación todavía ahora por la mayoría de los dirigentes del mundo islámico como un abandono forzado, pero provisional y táctico, es, sin embargo, el fundamento principal de la perennidad de prácticas importadoras y sobre todo de la adopción prolongada del modelo del Estado-nación. Se conoce la reticencia de los dirigentes del mundo islámico a ponerle un término: Nasser temía que la reintroducción del panislamismo sirviera a los propósitos de Irán y Turquía, capaces de disputarle el liderazgo de la *Umma* (Comunidad de Creyentes); todavía, los dirigentes del *Baath* ven en él una fuente de peligro para su identidad laica; el panarabismo, mucho menos ambicioso en sus fórmulas y objetivos, permanece como un *slogan* precario y una operación táctica sin porvenir, que favorece la emergencia puramente simbólica y discursiva de "fusiones completas" entre dos estados de la región.¹³

¹¹ Citado por W. Raouf, *op. cit.*, p. 117.

¹² Cf., entre otros, A. Hourani, *Arabic Thought in the Liberal Age, 1798-1939*, Londres, Oxford University Press, 1962, pp. 194 y ss.

¹³ Véase en particular R.H. Dekmajian, *Egypt under Nasir*, Albany State University of New York Press, 1971.

NUEVA HISTORICIDAD DEL ESTADO

En general, la imposición de los procesos de importación a la construcción de un orden político en las sociedades extraoccidentales, y en las del mundo islámico en particular, contribuye a reevaluar notablemente el uso del concepto de Estado, tal como se utiliza, y a darle una carga histórica muy diferente de la que contribuyó a definir el Estado occidental. No queremos afirmar, una vez más, que la problemática de la importación no tiene ninguna pertinencia en la historia del Estado occidental: la consideraremos solamente como limitada; tampoco que la “reactivación” o el “reinvento” de las tradiciones no planteen algunos problemas que merecerían ser estudiados y que podrían, al menos parcialmente, sugerir puntos de similitud con el objeto de nuestro estudio. Simplemente, lo que quisiéramos mostrar aquí son los efectos de atracción que ejerce una lógica de importación sobre la configuración misma de los “Estados” extraoccidentales, los cuales engendran muchas diferencias que los separan del Estado occidental tal como acostumbramos definirlo.

Un análisis cultural, uno sociopolítico y aun un análisis en términos de dependencia, sólo pueden conducir al rechazo del uso universal del concepto de Estado.¹⁴ Tomar en cuenta los procesos de importación —y de adaptación subsecuente—, conduce a matizar tal conclusión. Introduce un argumento de peso, irrefutable, que demuestra la presencia de elementos de racionalidad estatal en todos los sistemas políticos del mundo contemporáneo, cualesquiera que sean. Sin embargo, al mismo tiempo sugiere que estos elementos se encuentran reestructurados, ligados a otros que no les son solidarios, y por último, producen relaciones políticas nuevas, irreducibles a los elementos del Estado occidental; en una palabra, los Estados extraoccidentales se encuentran aquí dotados de otra clase de historicidad, relacionada en parte con la práctica de la importación. Es este aspecto particular el que quisiéramos precisar en el marco de la historia del mundo islámico contemporáneo.

La primera característica concierne al núcleo mismo de la identidad estatal, a saber, las condiciones de su legitimación. Al constituirse frente a la Iglesia, el Estado occidental se dotó no solamente de una identidad laica, lo cual repercutió sobre las condiciones de su legitimación, sino también, y sobre todo, se encontró en una situación excepcional que condujo a los actores del Estado a producir fórmulas de legitimación propiamente políticas: en una palabra, la construcción del

¹⁴ B. Badie y P. Birnbaum, *Sociologie de l'Etat*, París, Grasset, 1979.

Estado occidental abrió el camino a un proceso de autonomización de la legitimidad política, del que provienen, en particular, las diferencias entre el individuo y el ciudadano, lo privado y lo público, la sociedad civil y el Estado. Poco a poco, estas diferencias tuvieron un efecto de retroalimentación sobre la identidad misma del Estado occidental, forjando, en particular, el concepto de Estado de derecho.

Esta historia compleja, entendida desde una perspectiva a largo plazo, de rasgos culturales ligados a una secuencia de eventos que inscribieron la construcción del Estado en el contexto de su emancipación frente a la Iglesia, no es imitable en su globalidad. De manera más precisa, la importación del modelo cultural semejante al del Estado occidental y del que depende la legitimación de éste, no puede acompañarse de la importación de técnicas estatales. Sobre todo porque, como lo vimos, estos procesos de importación son selectivos por definición, y porque en particular, el príncipe busca protegerse de los riesgos que representaría para él la adopción de fórmulas de legitimidad que van demasiado lejos en la "modernización" de su régimen.

De lo anterior se desprenden tres consecuencias. Primera, el Estado importado carece de su contexto cultural y de las fórmulas de legitimación que de eso resultan, ya sea por la vigilancia selectiva del príncipe, o de manera más general, porque tales fórmulas son indisociables de un orden cultural que no puede ser importado en su *totalidad*: por esto, y más allá de las apariencias producidas en el marco de algunas estrategias, es la naturaleza misma del Estado laico, del Estado de derecho, del Estado constitucional, la que crea inevitablemente un problema. Como hipótesis, le faltaría para cumplir con estas características, ya sea la voluntad del príncipe importador (modernización conservadora), o bien el contexto cultural capaz de poner realmente en marcha fórmulas de legitimación importadas (situaciones posrevolucionarias de tipo baathista, burguibista o kemalista), o quizá ambos.¹⁵

Segunda, las obligaciones que conlleva la importación trastornan las estrategias de legitimación, volviéndolas heterogéneas. El príncipe, en efecto, se enfrenta a un dilema: o se limita a utilizar fórmulas de legitimación importadas, arriesgándose a que su autoridad, como lo vimos, se vea mermada; o se apega estrictamente a las fórmulas de legitimación endógenas y entonces son las instituciones estatales importadas las que se arriesgan a perder toda su capacidad. La síntesis se alcanza en el desequilibrio y en la improvisación: el príncipe busca, más allá

¹⁵ De allí la pertinencia de una construcción al mismo tiempo semiótica y estructural de la cultura que permite rebasar la ilusión de culturas "divisibles", de las cuales se podrían importar selectivamente algunos rasgos, renunciando a otros.

de la fórmula estatal (y frecuentemente en contradicción con ella), preservar una legitimidad endógena o dotarse de ella. La mayoría de las veces se trata de una legitimidad de naturaleza religiosa, pero también, como en Arabia Saudita o en los Estados del golfo, de una legitimidad familiar o tribal. La búsqueda febril de una legitimidad religiosa puede implicar, en el mejor de los casos, la fabricación de una genealogía que se remonta al profeta (Marruecos, Jordania), o de manera más problemática, el despliegue de acciones de protección o de fomento del Islam (impuesto como religión de Estado, como fuente única de derecho o simplemente perpetuado por un ritual que lleva al príncipe a la peregrinación a La Meca).¹⁶ El juego del príncipe consiste entonces en articular tales fórmulas con modos de legitimación acordes con los elementos del modelo estatal importado (referencia territorial o nacional, soberanía nacional y/o popular, elaboración de un derecho público) o con formas de legitimación funcional (capacidad y desempeño del Estado en su función distribuidora).¹⁷ En primer lugar, dicha articulación es difícil, sobre todo porque la capacidad distributiva del Estado es débil. Es peligrosa porque consagra la fusión de elementos frecuentemente contradictorios que incluyen el laicismo, por supuesto, pero mucho más profundamente, la referencia a la nación, a la institución o a la ciudadanía. Así, el riesgo de que esta fusión se haga a costa de una patrimonialización del Estado no debe olvidarse.

Por último, esta competencia de legitimaciones tiende, a la larga, a reconstituir la oposición entre lo endógeno y lo exógeno, a reactivar el debate sobre el carácter extranjero del Estado y a dibujar, frente a un escenario político oficial, un espacio político legítimo que se define por su rechazo al Estado importado. El riesgo de un proceso semejante es proporcional a la capacidad que tenga el príncipe para reactivar fórmulas de legitimación endógena: así, se protege mejor el príncipe marroquí o el príncipe jordano que el sha de Irán o el líder baathista. Queda por saber si las concesiones otorgadas por los primeros a la lógica del Estado no debilitan, al final de cuentas, las capacidades de éste.¹⁸

Estas incertidumbres se prolongan en el plano de la acción política. El déficit de legitimidad que se desprende constituye un llamado poderoso a la creación de papeles políticos nuevos, que invitan a una es-

¹⁶ Esta situación está muy bien descrita a propósito de Marruecos en A. Agnouche, *Histoire politique du Maroc*, Casablanca, Afrique-Orient, 1987.

¹⁷ Sobre estos problemas, véase W. Roff (ed.), *Islam and the political economy of meaning*, Londres, Croom Helm, 1987, en particular las pp. 7 y ss.

¹⁸ Sobre el caso iraní, véase G.H. Razi, "The Nexus of Legitimacy and Performance" en *Comparative Politics*, julio de 1987.

trategia política asentada principalmente sobre la denuncia del carácter importado de las instituciones y de las prácticas de gobierno. En otros términos, la importación del modelo estatal tiene como efecto principal la recomposición de un orden político "dual", oponiendo un Estado oficial, de orientación coercitiva y patrimonial, a un espacio político más difuso y no institucionalizado que pretende alcanzar el monopolio de la legitimidad y que se estructura en el cumplimiento de una función opositora.

Esta orientación conduce a diferenciar los papeles del importador político. En primer lugar, porque la crisis recurrente del Estado importado provoca constantemente la invención de nuevas estrategias de importación: entre los allegados al príncipe, luego entre los nuevos altos funcionarios del Estado que tienen intereses propios en su perpetuación o entre los intelectuales liberales, que adoptan como rasgo distintivo el desarrollo de las fórmulas de legitimidad y de las prácticas importadas. Pero también, y cada vez más, porque la crítica de la importación motiva la formación de una nueva *intelligentsia* que hace de esa crítica su propia identidad, tanto en nombre de la reactivación de la tradición como en el de la invención de una nueva modernidad. Sin embargo, la paradoja es que la práctica de oposición que se desprende es, al menos parcialmente, también importadora de símbolos, de temas ideológicos y sobre todo de técnicas de acción, como lo sugieren tanto la acción de un Ghanushi como el desarrollo de la revolución iraní.¹⁹

De esta manera, el debate político se estructura alrededor de intereses específicos, desconocidos por el Estado occidental, tanto por la competencia que se crea entre los diferentes tipos de importadores como por los conflictos de legitimidad que la misma competencia mantiene. Sobre todo, el predominio de un debate semejante contribuye a esterilizar los procesos de innovación política: entre una concepción de cambio gradual, promovida por los partidarios de una adaptación de los modelos importados de racionalidad estatal, y una concepción crítica que se concentra, casi exclusivamente, en la producción de una actividad de protesta que se contenta con denunciar la ilegitimidad de un orden político exógeno, queda poco espacio para la formación de una utopía o para la demarcación de una *cit   authentique*. Los movimientos islamistas llaman a la construcción de una modernidad islámica, pero la convierten en un modo de oposición, a fin de cuentas muy rentable, sin jamás definir, de manera exacta, las características que conformarían este tipo de configuración política. La dominación de las prácticas

¹⁹ Cf. J.C. Vatin, "Seduction and Sediton: islamic political discourses in the Maghreb", en W. Roff (ed.), *op. cit.*

de importación tiene así, como principal efecto, el de obstaculizar la formación de intelectuales productores de un orden político nuevo y, por lo tanto, de reducir el debate a la oposición perenne entre intelectuales portadores “de una legitimidad transatlántica” y una *neointelligentsia* que se define por su oposición a una legitimación del orden exógeno, considerando con justa razón como demasiado arriesgada la tentación de ir más allá en la definición precisa de su modelo de “ciudad nueva”. En suma, el mundo islámico contemporáneo no posee “legistas”, no parece que vaya a encontrar pronto un grupo con el interés de erigirse en “ingeniero” de un orden político endógeno al mismo tiempo moderno y concreto.

TRADUCCIÓN DE BRUNO FIGUEROA